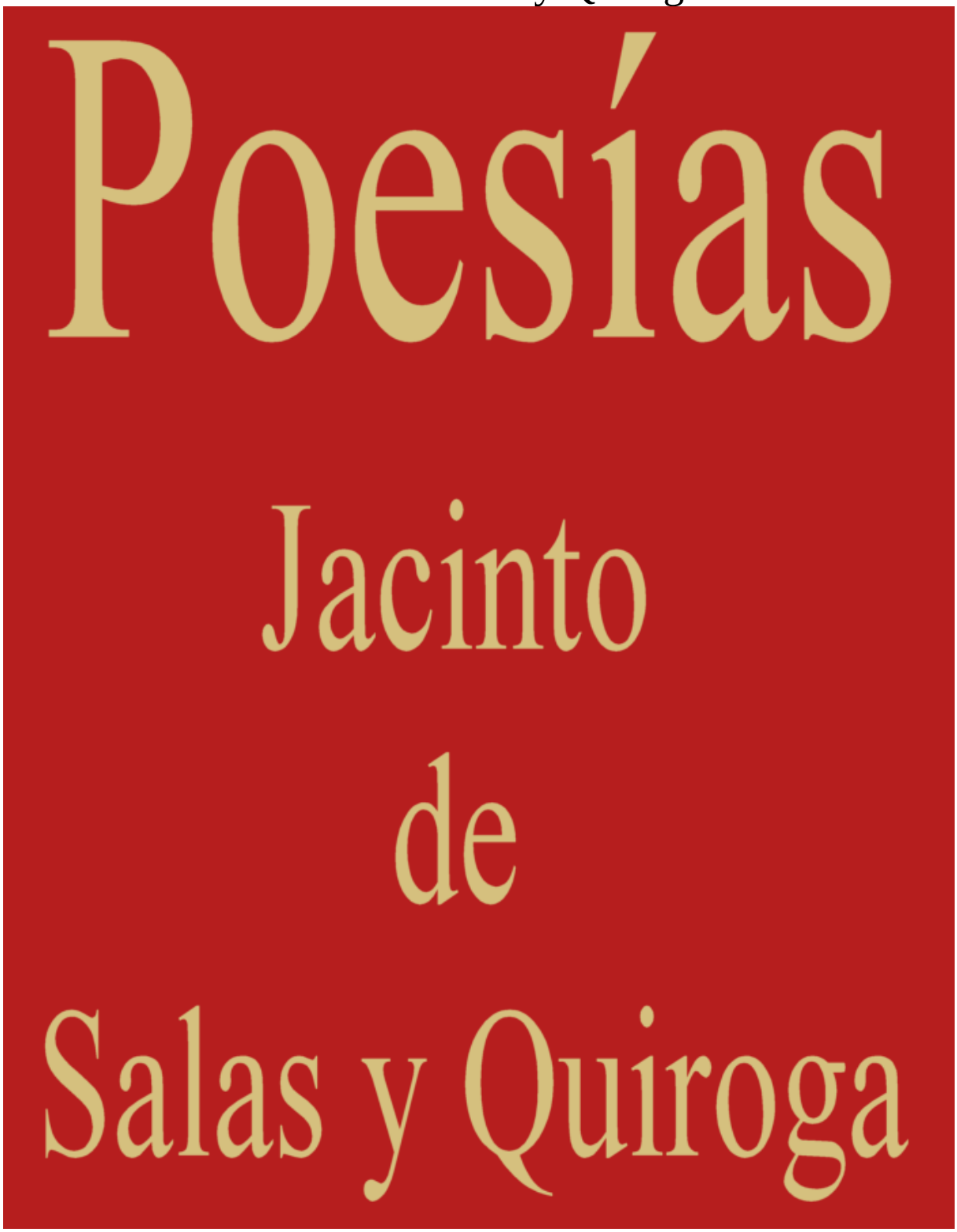
Poesías
Jacinto de Salas y Quiroga



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

OBRA COLABORACIÓN DE USUARIO

Esta obra fue enviada como aporte o donación por un usuario.
Las obras recibidas como donativo son publicadas como el usuario las envía, confiando en que la obra enviada está completa y corregida debidamente por quien realiza la contribución.

Al pueblo español, en la época de su regeneración política y literario.

Quizás mis versos secarán el llanto
de algún hombre inocente y afligido.
Alma ardorosa con secreto encanto,
menospreciando el mundanal ruido,
quizá hallará en mis versos candorosos
mayor verdad que en versos más famosos.

J. L DE MORA. -
Poesías inéditas.

Le poète est semblable aux oiseaux de passage
qui ne bâtissent point leur nids sur le rivage,
qui ne se posent pas sur les rameaux des bois;
nonchalamment bercés sur le courant de l'onde,
ils passent en chantant loin des bords; et le monde
ne connaît rien d'eux que leur voix.

LAMARTINE. [IX]

Demasiado joven todavía para permitirme discurrir sobre asuntos que demandan larga experiencia y profundos conocimientos, me limito a trazar tal cual vez sobre el papel la expresión de mis sensaciones juveniles. Y si el deseo de gloria es grande en mí, cual debe serlo a mis años y con mis gustos, mas pienso, siempre que me ocupo en alguna composición poética, en el placer íntimo de mi alma, que en el vano renombre que con ella conseguir pudiera. Tal es el poeta; mientras la multitud se juzga el único pensamiento del genio, tal vez no merece de él ni un leve recuerdo. Porque el fundamento del genio, y sobre todo del genio poético, es la libertad, y quien quiere hacer una mercancía de sus inspiraciones, no puede jamás ser sublime. Digo mercancía, pues lo mismo me da trocar versos por aplausos que por dinero.

Yo quisiera que el poeta, menos sujeto a reglas y más observador de la naturaleza, no caminase siempre por el sendero que han trazado sus mayores. Mas camino [X] que uno conduce a la perfección, y quieren muy en vano los apologistas de la rutina citarnos los desbarros de algún ingenio que marcha sin más guía que la razón, para convencernos de que, fuera de las antiguas leyes, no hay acierto. Más creíble se hiciese esto si no pudiésemos presentarles a cada paso infinidad de obras en que, con mucha observancia de los preceptos, se notan multitud de errores. Sin genio no hay perfección, y al genio no se pueden dar sino consejos.

Quien no se atreve a escribir sin tener a la vista a Horacio, Boileau, o Martínez de la Rosa, y antes de dar la aprobación a un verso la busca en las obras de los maestros, no llegará jamás a ser colocado en el número de los primeros poetas. Los genios inmortales que he citado son los amigos del escritor, no sus tiranos; por grandes que sean las verdades que han escrito, no se opone esto a que no haya más verdades que las que ellos encontraron.

Byron hizo bien, y no hizo como manda Boileau; Víctor Hugo tiene rasgos sublimes en sus obras, y no conoce más ley ni más barrera que su imaginación. Si mi alma se eleva al leer sus escritos, si lloro y río a su albedrío, si, en mi entusiasmo, no puedo menos de mirarlos como a dioses, si los admiro, si envidio su saber, ¿qué me importa que los legisladores que les han precedido hagan crímenes sus bellezas, que no alcanzaron tal vez ni a concebir?

Terribles son a veces estas, lo confieso; pero no por eso dejan de ser bellezas. Terrible es la vista del [XI] Niágara, terrible el cráter del Vesubio, terrible el selvático país del bardo del Norte, y el alma fuerte que los contempla, se electriza, olvida la tierra por un momento,

y aun se siente elevar cuando los nombra,

como dice Heredia. Yo sé que es espantoso ver a una madre, a una Lucrecia Borja, hija del Papa Alejandro VI, servir una copa de veneno a su propio hijo que ella adora, y que la aborrece sin conocerla; a su hijo que la ha ultrajado... Ella misma sin saber quién fuese el criminal, pidió a Alonso su marido un ejemplar castigo, y éste le dio su palabra de duque coronado de vengar su afrenta... ¿Y quién no tiembla al ver a Lucrecia, obligada por su marido celoso a servir en su presencia al noble Genaro la copa envenenada? Y si no la sirve, un acero derramará la sangre del inocente.

Mas diré: Lucrecia quiere vengarse, y llama a sus enemigos a un convite en un palacio que está contiguo al suyo, y donde mora una princesa, su cómplice y amiga. Este convite es un convite de muerte... El Siracusa que enardece las imaginaciones, quema las entrañas... Las canciones báquicas de los convidados son interrumpidas por el canto lejano de los muertos; poco a poco se aproxima el clamor, y cesa la alegría; tiemblan todos, se miran mutuamente los rostros... y las puertas al abrirse dejan ver dos hileras de religiosos que cantan el himno de los muertos, y rodean tantos féretros como enemigos ha convidado la terrible Lucrecia. [XII]

¿Y qué diremos de la sublime y nueva idea de presentar en el teatro una mujer que llegó a hacerse célebre por la relajación de sus costumbres, enamorada de un joven sencillo, inocente y virtuoso? Marion Delorme fue criminal mientras no conoció el amor; pero su pecho recibió a un mismo tiempo, como un don del cielo, amor y virtud.

El presentar tales bellezas no es negar las de los escritores, hoy en día llamados clásicos: Racine tiene rasgos sublimes que lo colocan en el número de los inmortales. Pero perdónenme los maestros esta verdad, o sea blasfemia literaria: igualdad en poesía es sinónimo de monotonía y fastidio. Ese lenguaje justo medio, que excluye toda expresión bien apropiada, pero no admitida, que no tolera frases sino del mismo modo cortadas, que reprueba todo lo que no se puede preveer, ese lenguaje en fin, puramente convencional, no puede ser el intérprete del genio y de la inspiración. Yo lo comparo cuando está bien trabajado, a un jardín francés, en que no hay más que un instante, porque todo lo descubre de una vez la vista, porque la belleza, la trivialidad, lo sublime, todo está confundido. ¡Cuánto mas grato es para mí un parque trabajado por una mano inglesa! Allí está oculta la mano del hombre; no hay trabajo, no hay esfuerzo; solo hay imaginación, naturaleza; ni camino trazado con esmero, ni árboles artísticamente colocados, ni fuentes suntuosas; no, más gusta ver cascadas imprevistas, descubrir un precipicio donde se imaginaba hallar una llanura [XIII], ver la naturaleza hermosa y varia... Nadie se acuerda allí sino del Creador y de lo creado.

Lo diré aunque se me tache de ingrato, cuando me convendría solo el nombre de imparcial y despreocupado; la vecindad de la Francia que tan perjudicial nos ha sido en otras cosas, más que en nada nos lo es en la poesía. Yo no encuentro en los poetas de aquella nación sino hombres llenos de talento si se quiere, pero que no dan nada a la naturaleza y sí todo al arte; en sus obras sino esfuerzos del trabajo, y apenas una chispa de inspiración.

Es doloroso ver que nuestra joven literatura sea una imitación tan servil de la francesa. Con pesar se nota que algún joven dotado por la naturaleza de ingenio feliz y entendimiento travieso se ocupa exclusivamente, malogrando tan preciosas dotes, en copiar a nuestros hermanos los del Sena. Mejor fuera estudiar nuestros propios autores; ese Cervantes, mezcla singular de imaginación romántica e ironía filosófica; ese Lope de Vega, cuya prodigiosa fecundidad e inagotable invención hace traspasar los límites de la verosimilitud; ese Calderón, genio entusiasta, que hizo con osadía el drama del Catolicismo; esos, los ingeniosos Tirsos y Moretos son los que debíamos estudiar, y aun imitando a veces sus felices desbarros, resucitar su ya olvidada escuela. Hasta en ellos debiéramos aprender nuestro propio idioma, y avergonzarnos menos de copiar sus expresivas frases, que las insignificantes de otras naciones nuestras hermanas. [XIV]

Si hay algún ingenio en las orillas del Sena que merezca el que nos ocupemos en estudiar sus escritos, nosotros le hemos formado. A nosotros, o mejor diré a nuestros antiguos, tan poco apreciados en la patria que tanto honran, deben Hugo, de Musset, Dumas en Francia, Byron en Inglaterra, Schiller, Goëthe y Klopstock en la filosófica Alemania el haber roto las cadenas que los ligaba a la rutina, y guiados por nuestro denuedo, se han permitido expresarse con la vehemencia que concebían, sin atender a vanas preocupaciones. Hoy tenemos nosotros que recurrir a los discípulos de nuestros padres, o imitar a un cortísimo número de poetas insignes que honran nuestra patria, y que, por desgracia, tienen menos secuaces aquí mismo, entre los hombres que hablan su misma divina lengua, que en el extranjero.

Repítase el joven poeta estos versos de un ingenio de nuestra escuela:

> Un artiste est un homme, -il écrit pour des hommes,
> pour prêtresse du temple il a la liberté,
> pour trépied l'univers; -pour éléments la vie,
> pour victime son coeur, -pour Dieu la vérité.

Yo bien necesito que el lector los tenga muy presentes antes de tender la vista sobre estos débiles opúsculos, cuyo carácter dominante es la libertad. Y si perdona a mis pocos años las líneas que acabo de trazar, si lee mis ensayos juveniles con la bondad que el inmortal genio que representa hoy nuestra poesía, el divino [XV] cantor de Edipo, tal vez me permita ocupar mis ocios en seguir la carrera a que desde hoy me dedico.

Carrera inmensa la que se ofrece, de hoy más, al poeta. La patria reclama sus cantos, y tal vez su voz esté destinada a recordar al patriota su dignidad y su gloria. Ya empieza a dar sombra el ramaje abundoso del árbol sagrado; ya el aura de paz y libertad baña nuestros rostros ajados por el cierzo de los padecimientos.

Jóvenes españoles, unámonos todos; cantemos acompañados de la misma lira; pidamos fuego, no al mentido dios de los paganos, sí al ángel tutelar de la patria... y en los remotos siglos dirá la imparcial historia:

«Hubo un tiempo en que la juventud española se unió... formó una sola voz... elevó las almas de nuestros antepasados... y, entonando el himno de victoria, guió a los más tímidos allí do la odiosa tiranía quiso sacudir su envenenada cabellera, y do reinan, de entonces, la libertad y las leyes.»

La tempestad

Malheur à qui sommeille à l'heure du danger.
BARTHÉLEMY ET MÉRY.

Así bramaba el trueno de venganza,
y asimismo la brisa tempestuosa
silbaba entre las vergas del navío;
ya el marino, burlado en su esperanza,
da un recuerdo a su patria y a su esposa,
y a la vista del puerto pierde el brío.
Y la mar inclemente crece y crece,
y crece sin cesar y se levanta;
un hombre entre las olas desparece,
y el que le ve ni tiembla ni se espanta.
Que el pavor también tiene su barrera,
y si la copa es llena de amargura,
el mortal sin temblar la considera,
la agarra sin temor y así la apura.
Lo mismo que sin gozo apuraría
la copa del placer o de la gloria.
¡Ah! ¿Por qué muere el héroe en solo un día
sin legar ni una página a la historia?
¿Y por qué el genio altivo del poeta
remonta, cual el águila, en su vuelo,
y al escuchar la voz que le interpreta
rueda, cubierto en polvo, desde el cielo?
¡Ah! Yo lo sé; mi mente que altanera
gloria soñó, soberbia lo adivina.
¡Si el mortal sus deseos conociera!
Caprichoso querer, ¿quién te domina?
La divisa del hombre es la inconstancia;
del hombre que desea y más desea,
y sueña y sueña aún con arrogancia,
y contra su querer jamás pelea.
Y si una vez al gusto da alimento,
de nuevo ve brotar, en mies eterna,
con empeño fatal, querer violento
que le humilla altanero y le gobierna.
¡Mortales! ¿qué querer no os avasalla
lo mismo que la rama de la encina
al son de tempestad, que gime, estalla,
temblando su cabeza al suelo inclina?
Yo también, en mi vago pensamiento,
soñé que la tormenta pasaría,
y cuando el mar bramaba, yo contento,
«valor, oh marineros», repetía.
Y mi voz que luchaba con el trueno
el espanto llevaba a cada parte.
«A la muerte, marino, te condeno,
si no tienes valor para salvarte».
Fue escuchada mi voz, que ya se agita
el brazo ennegrecido, y forcejea
con el mar que se eleva y precipita

cual un brazo de hierro en la pelea.
Y al ver esas montañas agitadas
que amenazan despecho y luego muerte,
el tronar, -y las velas ya rasgadas,
nadie dice: «yo soy bastante fuerte».
¡Qué obscuridad oculta el precipicio!
Si el relámpago horrendo no estallara,
no vieras el altar del sacrificio,
y perdón tu voz trémula implorara.
No implores, no, no implores; ¿tienes miedo?
Llora un momento, llora por tu esposa,
y luego está tranquilo, si no ledo,
y no temas el peso de la losa.
Que tendrás por sepulcro, marinero,
el indómito mar en que has vivido,
y al exhalar tu pecho el ay postrero
ni tu cuerpo ya más será oprimido.
Mas por entre las nubes de vapores
que circundan la nave destrozada
se oye una voz que acalla los clamores,
y repite a la turba desolada:
«Moriréis, marineros inocentes,
que el soplo del culpable va a aterraros;
yo castigo uno solo entre mil gentes,
y más es castigarle que salvaros.»
Y entonces un ruido mal formado
de cadenas, de voces y de trueno
se eleva hasta los cielos. -Ya ha cesado,
y el mar vuelve a bogar con duro freno.

El aislamiento

(Lima .)

Allá lejos, al pie de la colina,
marcha con pasos trémulos Fileno,
cadavérico y triste, cual camina
quien no bebió jamás sino veneno.
Preparado tal vez en copa de oro,
y servido a la luz de mil bujías;
que el universo juzga que un tesoro
basta para dar penas y alegrías.
Fileno lo dirá, que largos años
de perlas y diamantes se cubriera,
y no encontró en el mundo sino engaños,
en pago acaso de amistad sincera.
El pobre, en sus recuerdos engolfado,
marcha como insensible hacia la altura,
en donde dominando lo creado
hallará el pecho triste más soltura.
¡Oh Dios! Cuando contempla el alma mía

de la cumbre del monte el universo,
en mi rostro se pinta la alegría,
y un verso canto y luego un nuevo verso.
Y versos de alabanza solamente,
que para el alma libre no hay malvados;
tal si brama a lo lejos el torrente
ven el hervor al alto sosegados.
«Mis riquezas (exclama así Fileno)
¿de qué sirven? ¿Harán que no sucumba?
No hay pobres en el mundo. ¿De terreno
a quien faltan seis pies para una tumba?
»Yo no tengo en la tierra un solo amigo;
ni allí, ni allí mi voz será escuchada;
si muero aquí nadie será testigo
de mi dolor... mi vida es ignorada.
»Yo gimo solo, yo no tengo madre,
no tengo hermanos que conmigo lloren;
todos reposan con mi triste padre...
¡Ah! Por mí todos en el cielo imploren.
»Pero en la tierra, ¡oh huérfano infelice!
Nadie suspira cuando yo suspiro...
Nadie mi dicha con amor bendice...
Nadie me mira cuando yo le miro.
»¡Oh! Yo quisiera, en trueque de mi oro,
un solo amigo, un rústico, si es caso;
¿De todo el mundo no es igual el lloro?
¿Y se distingue un paso de otro paso?
»Del Dios de amor jamás vi la sonrisa,
porque si amé... ¡recuerdo desgraciado!
Yo soy tan feo, que jamás mi Lisa
juntó mi rostro al suyo sonrosado.
»¡Oh Dios! Piedad, que gimo eternamente...»
Dijo, y bramando con furor el trueno
hizo temblar la tierra de repente...
Y cayó al suelo el infeliz Fileno.

La luna

Leur ciel est nébuleux et leur soleil est froid.

NAPOLÉON EN EGYPTE.

No me interrumpas, que contemplo ansioso
el astro bello que en el cielo brilla,
no cual le he visto, triste y nebuloso,
del Támesi a la orilla.
Hoy hace un año el astro así vagaba,
y sobre el césped húmedo sentado,
cual hoy le contemplaba,
el rostro mío en lágrimas bañado.

Envuelto estaba en mi pesado manto,
y mi vista a lo lejos descubría,
para placer y encanto,
nieve más bella que la luz del día.
No así la luna, con su faz hermosa,
Las canas plateaba del anciano,
ni del rostro lozano
yo distinguía la color de rosa.
La luna de Albión, entre vapores,
no alumbra, cual alumbra la de Iberia,
que la nuestra es de amores,
la suya de miseria.
Hoy mismo hace dos años que en los mares
guiaba mi bajel el astro mismo;
al verlo yo olvidaba mis pesares,
al verlo no temblaba ante el abismo.
Hoy, astro de inocencia y de consuelo,
te miro de mi patria y sin anhelo,
suspirando tal vez... ¡Si soy poeta!
Pero tal vez dichoso
si recuerdo aquel tiempo tenebroso
en que cantara a Pirra la coqueta.
Allá arriba otros ojos en la luna
se encontrarán acaso con los míos...
-«Su luz te es importuna.»-
-«Los años son tardíos.»-
No, déjame mirar, ya que no pueda
ver lo que quiero si la vista inclino;
¡Qué consuelo me queda
si no sueño más próspero destino!
Mira, ¿no puedes descubrir conmigo
sus ojos retratados
en el astro testigo
de sus amores lánguidos pasados?
Bajo la vista, que me brota el llanto,
y harto lloré en mi vida;
cúbrete, oh luna, con tu triste manto,
que tu belleza al lloro me convida.

El ermitaño

()

Man wants but little here below
nor wants that little long.
DR. GOLDSMITH'S WORKS.

(Londres enero de .)

¿Ves cual brilla a lo lejos, oh Ermitaño,
la antorcha hospitalaria,
que alumbra estos lugares del engaño,

y reina en la espesura solitaria?
  Pues ven, guía mis pasos mal seguros,
y a la clara lumbrera
dirijámonos ambos; esos muros
nos ofrecen morada placentera.
  «La juventud es siempre confiada,
y falta de experiencia,
(responde el morador de la cañada)
no te fíes jamás en la apariencia.
  Esa mansión, oh joven, que allí vemos
palacio es de un potente;
no imprudentes a él nos acerquemos;
jamás prestara asilo al indigente.
  Ven más bien a mi albergue; si mis dones
son pobres cual su dueño,
en mi choza hallarás consolaciones,
y hoy mi rostro por ti estará risueño.
  Mis rebaños no cubren la pradera;
soy pobre pero justo,
me irritaría aquel que me oprimiera,
y en oprimir al pobre no hallo gusto.
  No encontrarás manjares deliciosos
en mi triste morada,
pero ven, que quizás serán sabrosos
en medio esta espesura abandonada.
  Frutas silvestres, yerbas recogidas
en el monte vecino
forman siempre mi mesa, solo unidas
al agua del arroyo cristalino.
  No tengas pues temor, oh solitario,
Dios es sabio y clemente;
para vivir muy poco es necesario,
y eso poco un instante solamente».
  Así habló el Ermitaño, y arrastrado
el tierno caminante
por su acento sencillo y elevado,
le acompaña con plácido semblante.
  En lo interior del bosque está encubierta
la choza reducida,
llegan allí por fin, abren la puerta,
y contra la intemperie hallan guarida.
  Y en la hora nocturna que al reposo
consagra el campesino,
festejando a su huésped caviloso,
el Ermitaño cuida que arda el pino.
  Y a su lado sentándole, le ofrece
sus sencillos manjares,
le mira, y en su rostro le parece
la huella contemplar de los pesares.
  Compadecido busca en su memoria
medio de distraerle,
y con ternura nárrale una historia
que él se esfuerza a escuchar por complacerle.
  Pero no puede más el extranjero,

escápasele el llanto,
y suspirando el triste compañero,
«¡tan joven y te oprime ya el quebranto!»
«¿Causa aquesta mansión tu desconsuelo?
¿Extrañas la grandeza?
¿O de amistad antigua el grato anhelo,
o del amor te oprime la crudeza?
¡Infeliz! El que busca la fortuna
va en pos de su ruina,
el goce que ella da pronto importuna,
y con ella el dolor siempre camina.
La amistad, cual un sueño deleitoso,
nuestro pecho enajena;
poco dura el engaño; el más dichoso
ve convertirse el bien en llanto y pena.
Si es el amor, el mundo no conoce
más que su vano nombre;
tras él la juventud corre veloce,
cual tras el juego en su niñez el hombre.
Desecha la vergüenza; si gustaste
del amor los placeres
dímelo, y si su fuego aun no apagaste
aborrece desde hoy a las mujeres».
Mas el joven suspira, se conmueve,
e inclina la cabeza,
y al verlo el Ermitaño no se atreve
a turbar su secreto y su tristeza.
Cual por entre la nube de vapores
que su faz oscurece,
el encendido sol de su lumbrera
el resplandor divino nos ofrece,
tal del joven el rostro macilento
descubre su hermosura,
y las penas, y el llanto, y el tormento
empañan, no marchitan, su frescura.
A su tímido aspecto candoroso,
al disfrazado encanto
se nota que en su pecho no hay reposo,
y que oculta su sexo el tosco manto.
Perdona, ¡oh padre!, dice, si profana
tu albergue una culpable;
perdóname, ¡ay de mí! Mi edad temprana
hace quizás mi crimen perdonable.
¿Quieres saber mi desventura? ¡Oh cielo!
su fin será la muerte,
nunca aquí resonó tal desconsuelo,
tú no me escucharás sin conmoverte.
Bajo el soberbio techo en que he nacido
solo vi la opulencia;
¡ojalá nunca hubiera conocido
ese don que envenena hoy mi existencia!
De mi padre el palacio noche y día
solamente llenaba
la turba que a mi mano pretendía,

y mi oro en su mente recontaba.
  Todos de mis humildes atractivos
se fingían prendados;
unos me hablaban de sus fuegos vivos,
otros de su riqueza y sus estados.
  Eduino entre esta turba codiciosa
el más bello y modesto,
mi sencillez amaba, no otra cosa;
solo entre todos él no era molesto.
  Nunca me habló de amor, cual si temiera
su pobre nacimiento,
él pensaba en lo humilde de su esfera,
yo solo en sus virtudes y talento.
  Su vista me encantaba, y a su lado
latía el pecho mío;
mientras otro creía ser amado,
él era dueño ya de mi albedrío.
  El triste lo ignoró, yo cuidadosa
le ocultaba mi afecto
del odio de infinitos temerosa;
yo le vi siempre con festivo aspecto,
  y lo que era de amor tan solo fruto
él lo vio cual desprecio;
despareció, cubriéndome de luto,
y ha muerto receloso de mi aprecio.
  Yo causé su desgracia, y por vengarle
voy al bosque vecino;
mi llanto allí quizá podrá aplacarle,
y moriré do ha muerto mi Eduino».
  «Morir ¡ah!, no te escuche el Ser Eterno»,
exclama el Ermitaño,
y allegándola al punto al pecho tierno
«yo soy Eduino, dice, ve tu engaño».
  Ven, adorada Angélica, tu amante
vive, te ama, te adora,
aun vive para ti; ve mi semblante,
el rayo de la dicha ya lo dora.
  Bien mio, ¡cuál el pecho tierno late!
¡Cuál late de contento!
Sé mi esposa, de hoy cese el triste embate
que ha causado hasta aquí nuestro tormento.
  Unámonos, Angélica, la muerte
tan solo nos divida,
en mis penas sabrás tú conmoverte,
yo lloraré al mirarte enternecida.
  Bella virgen, perdona, te he ultrajado;
pensé que mi pobreza
despreciabas; un ánimo elevado
adora la virtud no la grandeza.

El emigrado

A vergognarti vien della tua fama.

DANTE.

¡Oh patria, patria, a Dios por largos años,
y quizás por la vida! -Patria amada,
te devoran los pérfidos engaños,
y la víctima pura es inmolada.
Yo que, anegado en lágrimas, camino
sobre el suelo adorado en que naciera,
no soy el infeliz que contamino,
cual dicen, con mi acento tu ribera.
Yo mísero en mis sueños solamente
la dicha de mi patria recordaba,
y en el ardor del día, acá en mi mente
tan solo en su ventura me ocupaba.
Erré tal vez -mortal y desgraciado
¡podría yo no errar!- ¡Ah! Lo confieso,
nunca mi corazón fuera malvado.
¡De la maldad cuán bárbaro es el peso!
Yo lo vi, yo lo vi, porque, mi mano
de un pérfido los lloros enjugara;
yo los sequé, que al fin era un humano,
y el dolor sus entrañas desgarrara.
¡Oh cuál sus propios brazos retorcía!
¡Cuál recordaba el tiempo ya perdido!
¡Qué blasfemias su acento profería!
¡Y cuál mordía el labio enfurecido!
Yo nunca palpité más que de pena,
yo de arrepentimiento; bajo el cielo
con dolor arrastrara la cadena,
y al fin ya me ha postrado por el suelo.
Apréstame el bajel, oh marinero,
y pide al dios del mar amor y ayuda;
si el adiós que profiero es el postrero,
adiós, oh patria, ¡adiós!...mi pena es muda.

La hija de Albión

María amaba al mísero Fileno
como una virgen tierna y solitaria;
por vez primera rinde su albedrío
al tiránico amor que la avasalla.
En su palacio triste y silencioso
ningún acento dulce resonara,
hasta que los decretos de la suerte
al trovador Fileno allí llevaran.
Joven y tierno, bello y misterioso,
los ojos azulados contemplaba
de la beldad del Norte... y, mal su grado,

su corazón sensible palpitaba,
y allá en su mente rebuscaba ufano
de sus tiernos latidos otra causa
que no fuera el amor, y aunque su mente
halagarle quería, no acertaba.
Fuerza fue amar, y en la sonora lira
del Norte a la beldad dar alabanzas,
y suspirar, y en sus hermosos ojos
retratar los ardores de su alma.
María era sensible no ardorosa;
si acertaba a mirarle, sonrosada
su rostro con sus manos se cubría,
o su vista en el mármol descansaba...
Sólo una vez sus ojos hacia el cielo
se atrevió a dirigir con gozo y calma,
y entonces que Fileno daba oídos,
el eco repetía estas palabras:
«Ámale, dios de amor, cual yo le adoro».
¡Oh quien sabe cuál goza el que idolatra
a una hermosa del Norte, cuando escucha
un solo acento que dictara el alma!
Albión, Albión, tus bellas hijas
no prodigan amores ni alabanza,
pero ¡saben amar con tal dulzura!
Pero ¡son tan eternas sus palabras!
Pero ¡su mismo amor es tan sagrado!
Una voz suya me arrebata el alma,
una sola mirada me enardece,
y una sonrisa tierna me avasalla.
Era la noche, y la apacible luna
la ciudad silenciosa en luz bañaba;
todos yacían sobre el blando lecho
recreándose en sueños de esperanza;
sólo María al borde de los mares
pensativa la luna contemplaba,
cuando un ruido dulce y misterioso
por un instante suspendió su calma.
De nuevo escucha con pavor y espanto,
y pronto a los latidos que le asaltan
teme su bien... y en menos de un momento
ve su amante postrado ante sus plantas.
-«Ángel del sueño mío, yo te adoro»,
exclama el joven con la voz turbada.
-¿Quién, mancebo imprudente, aquí te trajo?
-El amor.- Dios eterno, ¿quién me salva?
-¿Quién? El amor, María, el amor mismo.
No te turbes, oh virgen, ya derrama
solaz divino el cielo acá en mi pecho,
en el tuyo también... también, si me amas.
Quien ama sólo teme ser odiado.
Ángel mío, la lengua se me traba,
sólo puedo decirte que te adoro;
Fileno es ya tu esclavo, te idolatra.
Yo también... y María enternecida

a pronunciar te amo no acertaba.
Entonces de la luna el curso lento
más lento parecía, y en su calma
el mar ni en desliz leve se movía.
Todo ventura y gozo presagiaba,
y un pecho noble resistir no puede
de feliz porvenir a la esperanza.
¡Oh! De tus ojos, por la vez primera
brotaron, oh María, ardientes llamas,
y hoy solamente se miró Fileno
sin siquiera encontrar que deseara.
Un beso... ¡oh bella virgen! No me atrevo,
no lo diré que se me parte el alma
al alterar tu paz. Pero ¿qué escucho?
¿Qué trueno brama en la lejana playa?
Allá en Iberia el horroroso bronce
de las discordias el pendón señala,
y la madre infeliz, rasgado el seno,
un ay de angustia y desconsuelo lanza.
Llegó a Fileno a la sazón que ardía
dentro su pecho la terrible llama.
-«¡Oh mi María! Yo te adoro, y siempre...
Pero me llama en su favor la patria,
que me dio asilo en mis primeros años.
¡Oh pura virgen! De tu boca salga
mi sentencia... El amor o el noble acero».
Lanza un suspiro y con terrible calma
trémula dice la afligida joven:
«Corre, Fileno, do el deber te llama».
Y cuando el joven divisó la Iberia
palpitó de contento. -¡Oh cómo grata
ha sido siempre al pecho bien nacido,
la vista encantadora de la patria!
Pero Fileno palpitó de nuevo
cuando pisó la arena de la playa.
Allí le estrechan en amantes lazos,
y una voz dulce que conoce el alma,
«te adoro» dice: la infeliz María
siempre te adorará... Dime que me amas...

Lima

Tierra de amor, América divina,
también tu nombre endulzará mi labio,
cual endulzó mi pecho candoroso,
en años de amargura,
tu clima deleitoso.
Allá en la orilla del suave río
que la ciudad divide de los Reyes,
yo vi el dolor impío
sobre mi frente virginal y pura
descargar su furor, y en mi consuelo
sólo encontrara, oh Lima, tu hermosura.

Y me bastó, que el llanto que regaba
mis pálidas mejillas bondadoso
tu sol me le enjugaba.
¡Oh! Niegue al labio un delicioso acento
el dios de inspiración que tierno adoro,
al corazón de amor un sentimiento,
y a mis ojos el llanto,
antes que olvide el astro de la noche
que en curso misterioso plateaba
la ruina de encanto
do el Inca aprisionado suspiraba.
No Huascar, no Atahualpa, no doncellas
hijas del padre Sol, de mi memoria
ni el tiempo, ni los hados
borrarán vuestra historia.
Yo en mi exaltada mente aun os contemplo,
aún contemplo los quipos misteriosos,
de vuestros nobles hechos y virtudes
guardadores famosos.
Aún me parece ver vuestros hogares,
mansión de amor y de inocencia, asilo
de la pura beldad, do los pesares
a turbar no acertaran la alegría.
Luego la saña del León de Europa
el ósculo fue a daros de falsía,
y en orgullosa tropa,
vuestras mismas mansiones, vuestros lechos
fue bárbara a ocupar; y generosos
odio no le juraron vuestros pechos.
Cobra el valor, cacique, y la esperanza,
que el León se ha domado;
el tiempo ya ha venido de bonanza,
pueblo inocente. Aquellos que han llevado
guerra y dolor a vuestras bellas playas,
ya no quieren llevar sino justicia,
saber, amor y gloria.
América inocente, ya ha rayado
el día que la historia
marcará con su dedo eternamente,
y ornará con un lauro nuestra frente;
y la virgen del Rima
podrá abrirnos los brazos cariñosa,
como la extraña rosa
se abre en su hermoso clima.
Lima, tierra de amor, conceda el cielo
al mísero poeta
una vez más llorar sobre tu suelo,
que le dio abrigo y paz sobrados días;
y vosotras, sublimes gentilezas,
que dais amor con sola una mirada,
y a quien debe tal vez el numen mío
inspiración y fuego, si merezco
a mis débiles versos dar tal gloria,
un recuerdo no más, y quiera el cielo

no halléis en vuestro día de cariño
ni un corazón de hielo.

Sueño de amor

Nul coeur près du mien n'a battu.

VÍCTOR HUGO.

¡Oh! ¡Cómo es grato a veces entre sueños
ver pasar la fantasma misteriosa,
en que descubre el alma apasionada
el rostro del objeto a quien adora;
y recordar entonces la mirada,
llena de languidez y de dulzura,
que dice: «Yo te adoro, ángel del Cielo»,
y ver correr el llanto de ternura,
y poderse decir: «Logré un suspiro,
yo soy sólo consuelo
de la dulce beldad por quien respiro!»
Yo no, no soy el ser afortunado
a quien guardó la suerte tal ventura.
Jamás un corazón apasionado
latió cerca del mío de ternura;
jamás amé, jamás he sido amado;
y bajaré al sepulcro encanecido
sin que la voz de amor de mis angustias
haya tal vez el curso suspendido.
Sí, ¡feliz el que goza bajo el cielo
ese intenso placer de ver su mano
bañada por el llanto de una hermosa,
que la besa mil veces y la allega
al alma candorosa!
¡Ah! Sentir, palpitar un pecho tierno,
y palpitar de amor... y ver clavados
unos hermosos ojos en los nuestros,
no recordar ni en suelo los cuidados,
menospreciar del orbe las grandezas,
ser feliz aspirando el aire mismo
que aspira la beldad encantadora,
ángel del suelo mío, ¿hay otra dicha
para quien en la tierra solo mora?
Yo no, no amé jamás... y ¡cuánto temo
que el juvenil ardor que me devora
en amor se convierta! ¿Habrá quien pueda
concebir el amor cual le concibo?
No es apurar la copa del deleite,
yo es el goce y no más de los sentidos,
esto no, no es amor para el poeta:

amor es para mí sólo ternura,
una sola mirada de inocencia
que deseche del alma la amargura;
un suspiro tal vez, una sonrisa,
un enternecimiento repentino,
una sola palabra de consuelo,
y un dulce no sé qué que no defino.
Este es todo el amor para mi alma:
amor sin inocencia le detesto.
Cuando desaparezcan de la tierra
ese dulce candor que tanto quiero,
estatuas amaré, que me es más grato
el mármol, que el amor prostituido
de una mujer que apenas tiene tiempo
para cerrar un broche,
entre el amante crédulo del día
y el hombre de la noche.
Soñé una vez, pero una vez tan solo,
que ardía yo de amor, y aun lo recuerdo;
una mano más blanca que la nieve,
más suave al tocar que el terciopelo,
mis lágrimas secaba... y la belleza,
como yo enternecida, me decía:
«A ti no más consagro el alma mía».
... Pero fue sólo sueno, y... ¡Desgraciado
de aquel que sólo en sueños es amado!

Al ilustre literato

Don Francisco de Paula Martínez de la Rosa

ODA

Vous seul pourriez parler dignement de vous même.

VOLTAIRE.

Yo vi, sobre la cima de los Andes,
al indio ennegrecido y medio hambriento
rodar entre las rocas y la nieve;
yo le vi maldecir su nacimiento,
cuando, al mando despótico del hombre,
doblaba su cerviz ensangrentada,
por los golpes y el peso quebrantada.
Y cuando murmuraba su infortunio,
y tal vez recordaba suspirando
el lecho de su esposa,

yo, mi genio altanero alimentando,
acordaba mi lira melodiosa,
y a mi voz y a mi genio dando riendas,
calmaba así la turba pesarosa:
«Hijos de Manco-Cápac, les decía,
escuchad mis acentos;
¿no veis allá a lo lejos la bahía
y la nave agitada por los vientos?
Allí vino el primero que ha luchado
con el padre infeliz de vuestros hijos.
¿Recordáis cuanta sangre ha derramado,
antes de ser señor de vuestro suelo?
El fogoso animal que le llevaba
espuma enrojecida derramaba;
su acero, su cañón, cuyo estallido,
semejante al yalpor, daba la muerte,
con su sangre no más se vio teñido.
La flecha emponzoñada, del más fuerte
el valor abatía,
y cuando en las llanuras de la patria
cuerpo a cuerpo, atrevido se medía
con los hijos membrudos de los Andes,
el suelo veces mil se estremecía,
antes de declararse la victoria;
y si a veces el polvo habéis mordido,
no caísteis jamás sin mucha gloria:
creedme, si el hispano es vuestro dueño,
los Dioses nada más os han vencido».
Aquí cesa el sonido de mi lira,
y el indio que escuchara enternecido,
y que aún en su pecho amor abriga,
sólo puede decir con voz melosa:
«Manco-Cápac, poeta, te bendiga».
Tal el tierno cantor del mediodía
endulzó mis pesares,
que al llegar a mi oído sus cantares,
rebosara mi pecho de alegría.
¡Oh! Cuando en mi niñez tempestuosa,
vagaba por el mundo sin consuelo,
¡cuántas veces mi llanto regó el suelo,
y anunció mi pesar y mi quebranto!
Y al escuchar de Edipo los quejidos,
y su canto divino de dulzura,
me olvidé de mis penas... y mi llanto
brotó... mas no era llanto de amargura.
Enmudeció mi labio, enternecido
me prosterné, y llorando sólo dije:
«Gloria al cantor divino del Edipo».
Gloria, gloria al cantor del mediodía,
que con su lira de oro más suave
que el aire embalsamado de su patria
esparce por el pecho esa alegría,
melancólica, dulce, interminable,
que eleva hasta el empíreo el pensamiento,

y del alma afligida es alimento.
Él, del modo que el águila altanera
canjea sus miradas penetrantes
con los rayos del sol, así se eleva,
y en la contemplación tal se complace,
y su mente sostiene del destino
el querer invariable.
¡Quien tuviera tu voz para cantarte!
¡Para decir cuál goza el pecho mío
al escuchar tu voz! A tu albedrío
río, lloro, suspiro en un instante,
me horrorizo en la bóveda espantosa,
lloro sobre el sepulcro de una esposa,
o recuerdo la gracia de una amante.
Todo lo puedes tú, sólo una cosa
no puedes, y es que el mundo no te adore,
y no diga al oír tu melodía,
ardiendo de entusiasmo y de ternura:
«Gloria, gloria al cantor del mediodía».

A Damón

Je crains toujours d'attrister les heureux.

BÉRANGER.

Una vez sola, o numen de alegría,
una vez sola endulza mis cantares,
los de aquel que jamás pulsó su harpa
sino al claror de antorchas funerales.
Hoy el amor, cual amo, me avasalla,
él me arrastra hasta el pie de sus altares,
él mi labio desata... Dios o monstruo,
tú enfrenas por un día mi coraje.
A la puerta divina de tu templo
himeneo en mirarte se complace,
el que sin ti es la hidra de Lernea,
y por ti protegido es sólo un ángel.
Así será para mi tierno amigo,
que halló dolor al alto de los Alpes,
en la ciudad hermosa de Pizarro,
y en el piélago inmenso de los mares.
Doce veces la tierra en su carrera
midió el sol, cuando el fin de tus pesares
sonó, Damón, en el reloj sagrado,
y el amor te dio fuego que te abrase.
Felice tú que adoras a quien ama,
que sientes los latidos de quien late,
que recoges sus lloros en tus labios,

y suspiras tal vez por leves males.
Al lado de tu esposa, Damón mío,
sólo mora una paz interminable,
y nadie hay cerca de ella desgraciado,
sino el triste que entona estos cantares.
Si así, porque sus penas son eternas;
sus penas que bondoso tú escuchaste
en la ciudad del reino de los Incas,
do la amistad a entrambos nos fue madre.
Hoy ¡cuán distintos! La amistad nos une,
y en eso nuestros pechos son iguales,
pero tú gozas de indecible dicha,
mientras que a mí me oprimen nuevos males.
Mas sé feliz, mis penas se mitigan
al contemplar que vives sin pesares;
mientras tanto yo pobre pido al cielo
para cantar tu dicha voz suave.

La madre de mi amigo

Tal vez al son confuso de mi lira
recordarás, Damón, pasados años;
disfraz, falsos halagos, vil mentira,
envidia, sinrazón, perfidia, engaños,
todo te ofrecerá tu mente viva,
y cuando de tu dicha hablar intento
derramarás la lágrima de pena
que anuncia los pesares de tu pecho.
Aun recuerdo, Damón, el triste día
en que, pábulo dando a tu quebranto,
mi acento la lenguaje repetía,
y mi llanto mezclaba yo a tu llanto.
Yo lloraba una madre desgraciada,
que yace en el sepulcro eternamente,
y tu pena un instante mitigada
Consuelos rebuscabas en tu mente;
mejor diré en tu pecho, tierno amigo,
que el corazón no más es quien decía:
«Tu madre aun en el cielo está contigo,
tu madre te protege noche y día».
Damón, cual yo llorabas una madre,
cual yo te lamentabas de tu suerte,
y conmigo tu acento repetía:
«Mi madre y mis hermanos, o la muerte».
¡Ah! ¡Si a mí me escuchara el hado adverso
cual a ti te escuchó! ¿De qué sirviera
hacer sonar las cuerdas de mi lira?
Su sonido en el aire se perdiera;
y mi madre a mis voces no responde,
cual respondió la tuya, que respira
por tu amor y ternura bajo el cielo,
para secar los lloros de tu rostro,
para ser de sus hijos el consuelo.

Paz, para siempre paz; sí, paz y gloria
para siempre a una madre. ¡Oh! Ser debiera
inmortal una madre. Ella es la sola
que hasta el morir respira por sus hijos.
Una madre es un ángel de consuelo,
una madre... ¡oh! ¡Feliz quien la posee!
Yo no tengo, Damón, bajo del cielo
a quien amar... sino a un hermano tierno,
hermano de mi pecho, que recibe
mi amor y mi cariño con ternura.
Dios la paz le conceda de los buenos,
Dios derrame en su frente la ventura.
Si una vez en las márgenes del Rima
nutrí con tu dolor el pecho mío,
hoy déjame buscar sonora rima
para cantar tu dicha. Si otro ingenio
el Dios Padre me hubiese concedido,
remontara tal vez hasta el empíreo
y robara una chispa solamente
del fuego celestial... Pero yo pobre
nunca supe elevarme, que mi mente
a mi sentir de amor avasallada
el querer obedece de mi pecho.
¿Y qué falta te hicieran mis cantares?
¡Los cantares del huérfano! Un acento
habrá que te consuele en tus pesares:
¡y qué acento! Un acento de delirio,
que tal ha sido siempre el de una madre.
Y a más verás llorar, si tú te quejas,
una esposa mil días suspirada,
hermanos que te adoran cual hermanos,
a quienes sin querer se eleva el alma;
y si es dado decirlo, un tierno amigo,
huérfano y desgraciado, mas sensible,
veraz en la amistad, no lisonjero,
un amigo infeliz que sólo pide
en pago de su amor, amor sincero.

El roble y la caña

Fábula

()

(Lima .)

El orgulloso roble cierto día
a la flexible caña así decía:
¡cuán injusto contigo me parece
el padre de los dioses! ¡Pobre arbusto!
Un régulo ligero te estremece,

y te dobla a su gusto.
Al impulso de Céfiro impotente
inclinas sin defensa humilde frente:
yo, no sólo detengo sin trabajo
del sol molestos rayos, mas el viento
es para mí un débil elemento,
y en su curso furioso yo le atajo.
Tan pródiga natura fue conmigo,
como parca contigo.
¡Si nacieses siquiera
bajo mi espesa copa, bondadoso,
yo de la tempestad te defendiera,
y sabrías así lo que es reposo!
Mas a menudo naces, infelice,
en las regiones húmedas del viento.
Señor, la caña dice,
digna es vuestra bondad del nacimiento
que Júpiter le ha dado;
mas no se aflija tanto por mi suerte;
contra el viento es verdad soy poco fuerte,
mas, si me dobla, nunca me ha cortado.
Cuando así dice, Bóreas inclemente
forma la tempestad más horrorosa
que ha visto humana gente.
El cielo se obscurece, el sol reposa,
zumba el viento, la tierra se estremece,
y todo con su estrépito perece.
La caña dobla, el árbol se resiste;
La tempestad no obstante
su fuerza aumenta, y con furor persiste;
y hace tanto que el árbol del Tonante,
cuya cabeza toca al firmamento,
se mira derribado en el momento.

A una coqueta

()

(Lima .)

¿Quién es, Pirra, ese amante que a tu lado,
sobre un lecho de flores recostado,
te contempla, te admira, te acaricia,
te estrecha entre sus brazos amoroso,
y con lánguido acento voluptuoso
te dice su delicia?
¿En qué sitio te jura ese imprudente,
embriagado de amor y de ternura,
incauto contemplando tu hermosura,
ser tuyo eternamente?
¡Ay Pirra! Por él solo tú envidiosa
maldices tu fortuna,

y pides importuna
al Cielo la belleza de una diosa.
Por él solo tu mano con destreza,
uniendo tus cabellos,
los ata y hermosea tu cabeza.
¡Qué cuidados tan bellos
para un amante tierno que te adora!
Mas ¡ay!, que el infeliz aún ignora,
el llanto que tu amor costarle debe.
Tranquilo, del placer la copa bebe,
y por la calma pérfida engañado,
no ve la tempestad que le amenaza.
Él no la teme, y ella está a su lado.
Ya su furor las nubes despedaza;
la tempestad estalla, y aún no cree
que esa Pirra su amante,
que esa Pirra tan tierna que hoy posee,
ya demasiado tiempo fue constante.
Huye, infeliz, del sitio en que te humilla,
y por el tiempo, como yo curado,
gana el puerto; y allí desde la orilla
mira el escollo en que hemos naufragado.

La gata transformada en mujer

Fábula

(París .)

Dicen que enamorado de una gata
estaba allá en el Asia un europeo:
(Cuando de amor se trata
tanto cuanto me cuentan tanto creo.)
Y como suele siempre quien bien ama
de su bella a los usos conformarse,
se cuenta del tal hombre que por Brama
de su dios y su ley quiso apartarse.
Hecho Brahmín, creía ciegamente
cuanto de Metempsícosis se ha escrito.
Según él, era claro y evidente,
(y un bonzo lo aprobó muy erudito)
que la gata su amante
una joven muy bella ser debía.
¡Brama, o Brama! Exclamaba noche y día,
haz que vuelva a su ser en el instante
esa preciosa gata
por quien solo mi pecho ya te acata!
Todo lo obtiene aquel que mucho ruega;
y a su nuevo creyente

esta gracia no niega
Brama, el Dios de bondad omnipotente.
Héteme ya a la gata transformada
en una joven linda y adorada;
dos cosas, por sí sola cada una,
capaz de trastornar en un momento
las cabezas de viento
que tienen las mujeres por fortuna.
Adelante; de gozo enajenado
nuestro buen amador, sólo pensaba
en su nuevo cuidado,
mientras que la belleza se ocupaba
en mirar al espejo
su cuerpo y su gracejo.
Cuando en estas estaban, de repente
un ruido se oyó, y mi señora
sorpresa de placer, atentamente
mira, escucha, se baja, y sin demora
alza la pata, y tras, va a echar la mano,
cuando al ruido del hombre que se acerca
el ratón se escapó... «¡Ay inhumano!
(Dice la triste gata.) Yo perezca
si de ti no me vengo, y muy en breve;
¡un ratón de mis uñas se ha escapado!...»
El hombre no se atreve
ni a resollar siquiera; así ha quedado
al ver a su querida
que de su antiguo estado no se olvida.
Vuelto de su sorpresa, con buen modo
expone a la beldad que es diferente
ser gata o ser mujer; mas ella a todo
da por respuesta oír si algo se siente,
correr, brincar, saltar por los tejados:
tales eran sus únicos cuidados.
Nuestro héroe arrepentido,
cansado de aguantarla,
a Brama suplicó ya más rendido
segunda vez quisiera transformarla.
Brama le contentó, y así le dijo:
Sábete, amado hijo,
que es difícil perder las malas mañas.
Y si estas pequeñeces tanto extrañas,
perversos ratos a pasar disponte.
Siempre, lector, la cabra tira al monte.

A mis queridos hermanos Agustín y Soledad

Tributo de amor fraternal

(Lima julio de .)

Tú vives, cara hermana, todavía,
y el desgraciado huérfano que vaga
por lejanas regiones, desconfía
si hay quien lamente su fortuna aciaga.
Respiras, Soledad, y la alegría
ni un solo instante el corazón halaga.
¡Ay! Sí, vives, y me amas; mas los mares
te impiden consolarme en mis pesares.
¡Quien sabe si entre tanto que mi pecho
estos versos me inspira enternecido,
tu mente no atraviesa el largo trecho
que hay entre ti y el triste que has querido!
Llegas, y el corazón que satisfecho
no pudiera jamás haber vivido,
ya no apetece nada, y tu dulzura
para siempre me llena de ventura.
Todo, todo es un sueño; cada día
el sitio do padezco abandonando,
vuela hasta ti mi loca fantasía,
y te allego a mi pecho palpitando.
¡Dulce instante! Tú solo el alma mía
sabes llenar. Mas, ¡ay!, que disipando
tan dulce error, recuerda mi tristeza
de mi mísera suerte la crudeza.
En mi torno la vista tiendo en vano;
llanto, penar amargo y desconsuelo
circundan solo a tu infeliz hermano.
Nadie siente mis males; denso velo
oculta mi existencia a todo humano.
Nadie mi voz conoce, y sólo al cielo
y a ti, mi Soledad, en mi quebranto
mostrar puedo mis penas y mi llanto.
A veces cuando, en busca del reposo,
dormir deseo y olvidar mis males,
no puedo el pensamiento vagoroso
detener un instante, y eternales
son para mí las noches. Pavoroso
veo y recorro sitios sepulcrales,
y la sombra de un padre o de Teresa
conmigo los recorre y atraviesa.
O si en sueños acaso una hermosura
a mi vista se ofrece, se apasiona
mi pecho juvenil, y la amargura
un instante siquiera me abandona.
Pero ¡ay mi Soledad! ¡Cuán poco dura
este placer facticio! Si ambiciona
mi pecho ser amado, ni aun en sueño
durar puede un querer tan halagüeño.
Solo, solo por siempre... es la sentencia
que contra mí el destino pronunciara.
Hasta en la misma edad de la inocencia,
en esa edad feliz, jamás hallara

de un amigo a mi lado la presencia.
¡Cuán infelice soy! La suerte avara
patria, amistad y padres me ha negado,
dejándome en el mundo abandonado.
En esta tierra extraña, de la muerte
si el inhumano golpe me oprimiera,
¿Quién lastimara mi infelice suerte?
¿Quién, quién por mí una lágrima vertiera?
¡Ah Soledad, no puede enternecerte
mi aislamiento fatal!... Mi hora postrera
no causará el dolor de un tierno amigo,
ni habrá quien padecer quiera conmigo.
Yo moriré, y al punto sepultado
quedará para siempre en el olvido
un nombre que no fuera hoy ignorado
si el destino me hubiese protegido.
Nadie en el mundo, nadie apiadado
al recordar mi nombre, enternecido
dirá: yo fui su amigo, yo le amaba,
y en su amargo penar le consolaba.
Perdona, o Soledad; tanto tormento,
tan largo padecer, y el horroroso
porvenir que en mis raptos me presento,
hasta injusto me han hecho. Soy dichoso,
tú me amas, Soledad; ya nada siento
más que placer y dicha. Tú el reposo
vuelves al pecho mío. ¡Si te viera
cuánto fuera mi suerte lisonjera!
Pero ¿por qué no cesan mis pesares?
¿No voy a abandonar estas riberas
para volver a ver los patrios lares?
Sí, volverán las horas placenteras
que en la orilla pasé del Manzanares.
Sí, hermana; mas si un día sorprendieras
mi rostro con el llanto humedecido...
recuerda cuantas penas he sufrido.

A las señoritas moreiras

(Lima Agosto de .)

Todo es penar, o amigas, todo es llanto
para aquel que sin término camina,
y que, luchando sin cesar, en tanto
que tierno afecto el corazón domina,
se desprende de todo, y llora, y gime,
y obedece al destino que le oprime.
Aislado siempre, y siempre solitario
en medio del gentío,
en su mente recorre el tiempo vario,
que aún tiene sobre el pecho poderío,

y en sus tristes recuerdos engolfado
ve con indiferencia lo presente,
y con dolor recuerda lo pasado.
Tal del viajero que inexperta gente
contempla venturoso,
viene tras otro un día,
que el placer usurpando y la alegría
le da cansancio y no le da reposo;
y tal de vuestro amigo
el dolor ha llenado la existencia,
sin que el tiempo, del gozo fiel testigo,
mitigar ya pudiera su dolencia.
Sentirá cada día nuevos males,
y no tendrá quizás quien le consuele;
que el hado siempre oprime a los mortales,
y de su pena el mundo no se duele.
Lleno el pecho de angustias y pesares,
a proseguir los días que los cielos
me ordenaran vivir aquí viniera.
¡Ay! La amargura, al recorrer los mares,
fue de mis días sola compañera,
y jamás suspendieron los consuelos
el llanto que mi rostro humedeciera.
¡Cuántos motivos de llorar! Un padre
que tierno yo adoraba, ya no existe;
en el cielo descansa con mi madre.
Una hermana infeliz que lloro triste,
y que al cumplir apenas quince abriles
la muerte arrebatara;
mi hermano que en sus años juveniles
también despareciera... ¡Ay! ¡Cuán avara
se ha mostrado la suerte,
con los escasos dones que acordara
a mi mísero nombre! Sí, la muerte
nos escogió por victimas... Si alguno
a su furor escapa, condenado
queda a llorar sin fin. ¡Cuán importuno
y lastimoso oficio!
Y es inútil y necio sacrificio
querer luchar contra el poder del hado,
así estaba mi pecho atormentado
cuando el Perú me vio pisar su suelo;
y así triste gemía
cuando confuso descubrí el consuelo
que en vuestro noble pecho encontraría.
Nobles y desgraciadas, a mi pena
no pudierais mostraros insensibles;
para el triste que llora no es ajena
de otro infeliz cual él la pesadumbre.
Como yo sólo visteis la vislumbre
de la ventura humana,
y acompañadas del Perú que en luto
pagaba con sus lágrimas tributo
a la gracia y beldad de vuestra hermana,

de luto y llanto entonce os vi cubiertas.
Tarde llegué para gozar del trato
de esa infeliz, mas tarde no llegara
para llorar su muerte, que el retrato
que por do quier hallara
de su sencilla, gracia y gentileza,
me cubrió, a pesar mío, de tristeza.
Mas cese el triste canto,
que de partir llegado es el momento;
a Dios, amables jóvenes; si aumento
admitiera el quebranto
que el pecho despedaza,
al separarme de vosotras ¡cuánto
y cuánto padeciera!
Pero mi pena la extensión abraza,
y nada ya la aumenta o la modera.

Yo te amo

(Londres .)

Angelito, dame un beso;
dame un beso y un abrazo,
que tu padre está en la guerra
hace ya más de dos años,
y de entonces nada basta
para darme buenos ratos
sino una voz de tu boca,
sino un beso de tus labios.
¡Pobrecillo!... ¡Cuántos lloros
a mí mísera has costado!
De tu padre, ángel del cielo,
eres el vivo retrato.
Esas mejillas de rosa,
esos ojos azulados
que respiran solo amor...
Eso todo, no hay dudarlo,
eso todo es de mi Antonio...
Aprende, niño adorado,
a decir como tu madre:
«Yo te amo, yo te amo».
Mamá, mamá, ¿por qué quieres
que suspire al pronunciarlo?
-Hijo mío, dame un beso.
-Mamá mía, yo te amo.
Vino luego de la guerra
el militar suspirado,
y al darle un abrazo tierno,
fuera de sí, enajenados,
hijo y madre repetían:

«Yo te amo, yo te amo».

Emilia

(Liverpool .)

Todas al baile se entregan,
todas ríen de contento,
y la música festiva
hace palpitar los pechos.
Muchachas de quince abriles,
no dejéis huir el tiempo
sin robarle dulces ratos...
Mirad que no vuelve luego.
-Ah, Rosa, canta conmigo;
ven, que después bailaremos.
-Y cantan las dos muchachas
sin compás, mas con empeño.
-¿Te acuerdas, Adela mía,
cuanto el Carnaval postrero
la máscara nos sirviera
para gozar ratos bellos?
-¿Fuistes anoche al teatro?
Pues mañana volveremos.
-Mañana iremos al prado.
-Mañana baile, refresco,
diversión hasta las cuatro.
-Te acabaste el traje nuevo?
Todas así son dichosas
halagando sus deseos,
sólo Emilia pensativa
ve pasar sin gozo el tiempo;
suspira bajo, se oculta,
y recuerda a su Fileno.

El soldado

Caballito, caballito,
el de la cola rizada,
hoy me dijo el capitán
que me puedo ir a mi casa.
Hace ya más de ocho años
que no duermo en buena cama,
que vivo sin padre y madre,
sin hermanos, sin hermanas,
que no tengo quien me cosa,
ni quien me diga: ¿qué extrañas?
Ya se acaban mis trabajos...
a Dios, caballo del alma;

cuando mi madre me abrace
le diré: «Sólo me falta
mi caballo para ser
dichoso, madre adorada».
Así decía el Soldado,
luego con dolor y calma
fue a casa del Capitán
Y recibió sin tardanza
su licencia. ¡Pobrecillo!
Quiso volver a la cuadra
a dar el último abrazo
al de la cola rizada.
Ve al caballo, y sin querer
una lágrima se escapa
de sus ojos... «Caballito,
caballito de mi alma,
no veré más a mi madre,
dormiré sobre unas tablas,
llevaré palos del cabo,
más cuidaré tu cebada.
No, no te puedo dejar...
Vales tú más que mi casa».
Dijo, y rompió la licencia.
¡Pobre! Volvió a sentar plaza.

A * * *

Sublime virgen, a mi canto atiende,
y si mi nombre el eco de la fama
repite un día y te alboroza el pecho,
di, virgen mía, que tu amor me inflama.
Tu amor es quien mi párpado humedece,
tu amor el que da sones a mi lira,
tu amor es el que acalla mis pesares,
tu amor quien este cántico me inspira.
Por Delia suspiró Tibulo versos,
el Petrarca por Laura, y por Elvira
suspiró Alfonso, el cisne de la Francia,
y sus nombres por siempre tendrán vida.
¡Dichosa la beldad que ama el poeta!
Es eterna cual él... O virgen pura,
si los siglos audaz mi canto vence,
tu nombre será eterno y mi ternura.
Y en los remotos siglos una amante
repetirá a su amante tiernamente:
«Ámame cual Fileno amó...» Y entonces
tu nombre sabrá el mundo solamente.

Canto del inconstante

La Diosa de Chipre,
si oyó el juramento,

lo escribe en el viento,
lo graba en el mar.

MARTÍNEZ DE LA ROSA.

Hermosa ninfa del Manzanares,
dame un suspiro que soy poeta;
¡tú te sonríes! -Pobre coqueta,
¡si padecieses cual yo pesares!
Jamás he amado,
nunca amaré;
contra el dios niño harto he luchado
y lucharé.
Laura, soy feo pero sensible,
mis ojos, bella, también se inflaman;
entre los miles que tiernos te aman
que otro te quiera cual yo... imposible.
Mas... nunca he amado,
nunca amaré;
contra el dios niño harto he luchado
y lucharé.
Tú me haces burla porque no quieres:
¡Ay orgullosa! Si amas acaso
sabe la suerte si te harán caso;
serás entonces... cual las mujeres.
Jamás he amado,
nunca amaré;
contra el dios niño harto he luchado,
y lucharé.
Yo siempre he sido muy inconstante,
tanto, si cabe, cual la mujer;
mas porque nunca supe querer,
y si he querido fue un solo instante.
No, nunca he amado,
nunca amaré;
contra el dios niño harto he luchado,
y lucharé.
Todas me dicen que no me quieren
porque soy franco (¡qué gran defecto!);
por los que mienten ellas se mueren,
y a mí no me aman porque soy recto.
Mas... nunca he amado,
nunca amaré;
contra el Dios niño harto he luchado,
y lucharé.
Laura, si sigues con tus desdenes
ya no te quiero, ¿qué falta me hace?
Pero... habrá pronto, quien me remplace,
y quien me venga a dar parabienes.
Yo nunca he amado,
nunca amaré;
contra el Dios niño harto he luchado,
y lucharé.

Himno de amor

Amour, être de l'être! Amour, âme de l'âme!
Nul homme plus que moi ne vécut de ta flamme!
.....
Nul ne désira plus dans l'autre âme qu'il aime
de concentrer sa vie en se perdant soi-même.

LAMARTINE.

(de Febrero de .)

En torno del albergue de mis padres
rueda la noche en curso tenebroso,
y ni la brisa gime, ni del cielo
llueve un rayo de luz sobre mis ojos;
sólo si escucho el eco prolongado
de la triste campana me repite
que el tiempo de mi vida está contado.
¡Hora de paz!... Bastante el sol del día
bañó de fuego el alma... ¡Ah! Ya me pesa
inspiración y ardor... Melancolía,
dame llorar, que la pasión me abrasa.
¡Llorar, llorar!,Dios santo,
Yo te bendigo en tu más bello día,
A ti que diste el llanto
al mísero poeta,
y no la pena fría
que hiere con denuedo,
sin dar un solo instante
al corazón amante
para temblar de miedo.
¿Y qué fuera de mí si no llorara?
¿Si a los pies de mi amor firme y entera
el alma se quedara,
y en lágrimas deshecha no saliera?
¡O virgen de mis sueños! Yo te adoro:
sí, virgen hechicera,
con tu cabello de oro,
con tu cuello de cera,
con tu tierna mirada, más hermosa
que el clavel o la rosa
cogida en primavera,
¡Yo te adoro!...
Un desierto contigo, la aspereza
de la encrespada roca
que el firmamento toca
con su informe cabeza,
el Sahara sin agua ni descanso,

el Andes con su hielo
contigo, virgen mía,
fuera para mí un cielo.
El aire que tú aspiras,
las horas que tú cuentas,
los seres que tú admiras,
los pechos que atormentas
y te alaban en coro,
las veces que suspiras...
¡Yo también las adoro!
Si te miro... te miro cual quien ama;
si miro más, en lloro
se convierte la llama,
que por la vez primera
el alma mía inflama.
Si miras hacia mí,
en lágrimas deshecho
salirse quiere el pecho
para elevarse a ti...
¡Oh virgen de mis sueños! Yo te adoro:
sí, virgen hechicera,
con tu cabello de oro,
con tu cuello de cera,
con tu tierna mirada, más hermosa
que el clavel o la rosa
cogida en primavera,
¡Yo te adoro!...
Y el sol que te calienta
un rayo ha desprendido,
y como la tormenta
de Bóreas al bramido
mi pecho ha respondido:
amor, ¿quién te alimenta?
¿Quién? La sola mirada,
una sonrisa solo
do se pinta sin dolo
el pecho de mi amada.
Amor, ya te venero:
Padre amor, ¡ah!, perdona
si he luchado primero
de ornar con tu corona
la virgen por quien muero.
Ya adoro eternamente,
y tal como el guerrero
que muere en la pelea
por vivir en la historia,
repito tiernamente:
es mía la victoria.
La vi, quedé pasmado,
y dije: «¿Por qué el cielo
tal ser habrá formado?
¿O es un ángel tan solo
que para mi consuelo
el Señor me ha mandado?

¡Ah! Para solo un día
es lástima haber hecho
tan generoso pecho...»
Y cuando esto decía,
del amor que me inflama
la inextinguible llama
en el alma ya ardía.
¡Oh si tú me quisieras cual te adoro!
Ámame, virgen pura;
el corazón te jura
amor, y amor eterno,
y trágueme el averno
si mi alma es perjura.
O virgen de mis sueños, yo te adoro:
sí, virgen hechicera,
con tu cabello de oro,
con tu cuello de cera,
con tu tierna mirada, más hermosa
que el clavel o la rosa
cogida en primavera,
¡Yo te adoro!...
¡Oh! ¡Que me halague el sueño de ventura
no más que una mañana!
Y al escuchar el lúgubre gemido
de la triste campana
que convide al banquete de mi muerte,
alabe yo mi suerte,
y diga, recordando nuestra historia:
«Sólo existí los días que te he visto,
sólo existí mientras que tú me amaste,
y el tiempo de mi gloria
fue el tiempo en que por mí tú suspiraste».

La amistad peligrosa

Canción

(Música de Romagnesi.)

¿Por qué, Corina, has engañado
con tu candor mi tierno pecho?
De ti yo estaba satisfecho...
El encanto se ha disipado.
¡Con qué dulzura la esperanza
me ha consolado en mi dolor!
¡Ah! Me engañó la semejanza
de la amistad y del amor.
Cuando a mirarte yo acertaba
tú con placer te sonreías,

y algunas veces conocías
cuánto mi pecho te adoraba.
Yo conseguí tu confianza,
dulce premio del amador.
¡Ah! Me engañó la semejanza
de la amistad y del amor.
Más de una vez miré tu llanto,
cuando de ti yo me apartaba,
y en mis angustias encontraba
amables lloros mi quebranto.
¡Ay infelice, qué mudanza
me reservaba tu rigor!
Sí, me engañó la semejanza
de la amistad y del amor.
Ya que, en pago de mi ternura,
no quieres darme el corazón,
ya que me quitas la ilusión,
amarte más fuera locura.
A Dios, amor... ¡ay esperanza,
cual te burlas de mi dolor!
Sí, me engañó la semejanza
de la amistad y del amor.

La indiferente

(Música de Romagnesi.)

La indiferente y bella Flora
del amor ciego se burlaba,
sin experiencia a toda hora
la pobrecilla así cantaba:
«No temo, amor, tu poderío,
a pesar de toda tu saña,
libre seré de tu albedrío;
tu buena cara no me engaña».
«Me lo han dicho mis compañeras,
los hombres son muy inconstantes;
si con ellos somos severas
suelen mostrarse muy amantes;
si nos rendimos, los bribones
nos abandonan cruelmente;
¡ay! Quien se fía de tal gente
merece males a millones».
Pero el amor lo vence todo,
y a su poder se rindió Flora;
pronto, humilde, y de mejor modo
así cantaba a toda hora:
Amor, me rindo... ¡qué dulzura
sobre mi pecho has esparcido!
¡Por qué tan tarde he conocido

tu dulce imperio y mi locura!

El ingrato

(Música de Romagnesi.)

Ese ingrato que tanto quieres
imita al fin tu ligereza;
él te abandona, y tú prefieres
su veleidad a mi firmeza.
¡Ay! El que te hace así penar
no merece, no, tu ternura;
a mí, que adoro tu hermosura,
vuélveme a amar, vuélveme a amar.
Amable Rosa, ¿por qué lloras?
Ese cruel que te entristece,
al ver cuan firme tú le adoras,
de ti se ríe y se envanece.
¡Ah! Más valiera despreciar
al que tus penas ha causado;
yo nunca olvido lo pasado;
vuélveme a amar, vuélveme a amar.
Si largo tiempo en mi dolor
tu alevosía he repetido;
si fuiste ingrata con mi amor,
padeces ya... todo lo olvido.
Bella Rosa, vuelve a tomar
mi corazón y mi fortuna;
deja el rubor... amor nos una;
vuélveme a amar, vuélveme a amar.

La indecisión

Cada vez que sin conmoverte
mi tierno llanto ves correr,
deplorando mi triste suerte
me ofrezco no volverte a ver.
Pero si acaso una sonrisa
llego en tu boca a descubrir,
lloro, suspiro, mi Luisa,
y aquí a tus pies juro morir.
Cuando el requiebro de otro amante
veo que escuchas con placer,
acusándote de inconstante,
me ofrezco no volverte a ver:
mas si hacia mí, dueño adorado,
llegas tu vista a dirigir,
si ves mi llanto con agrado,
aquí a tus pies juro morir.

Si pienso que mi ardiente anhelo
de ti no puede merecer
ni una palabra de consuelo,
me ofrezco no volverte a ver.
Mas si imagino que algún día
a mi amor te podrás rendir,
siento renacer la alegría,
y aquí a tus pies juro morir.

A Víctor Hugo

N'est-ce pas sur les bords de la mer en colère,
tout écumante encor de son fatal courroux,
que le flanc du rocher, tel le sein d'une mère,
reçoit le flot en rage et le repousse doux?
Et depuis plus d'un siècle et puis un siècle encore
la vague sans repos promène sa fureur,
et si l'oeil la suivait, il croirait voir le maure
poursuivant la beauté qui déchira son coeur.
Pourtant un seul instant la fera disparaître,
et son cri de mille ans, effroi du matelot,
de son fracas d'enfer n'empêche pas de paître
le mouton bondissant au pied de l'arbrisseau.
Car le cri du mourant est un cri d'impuissance,
et le mortel l'écoute et ne peux s'effrayer;
même l'oeil pénétrant du héros de la France
n'avait plus de pouvoir au point de se fermer.
L'as-tu vu, ce rocher et ces vagues d'écume
qui, fières d'approcher, s'élancent dans les airs,
et retombent ainsi qu'un marteau sur l'enclume?
Eh bien! Voilà le rêve après de longs revers.
Le rêve séduisant, le rêve du poète,
qui s'élève sans cesse et monte jusqu'au ciel,
comme on prétend qu'un jour le son de la trompette
descendra jusqu'à nous du pied de l'éternel.

* * *

Un souffle du Seigneur a créé le poète,
et lancé sur la terre à la clarté du jour,
je veux chanter, dit-il; est-il rien qui m'arrête?
Il n'est autour de moi qu'innocence et qu'amour.
Mais bientôt d'un regard il aperçoit le crime,
peut-être il est lui-même aux pieds de son autel,
et perdant tout l'essor de son songe sublime,
il incline le front et n'est plus qu'un mortel.
Quand de ses doigts de fer la douleur inhumaine
me traînait sans pitié jusqu'au seuil de la mort,
et versant sur mon front le calice de peine
m'ôtait jusqu'au pouvoir de faire un vain effort:
si parfois, me livrant au feu de ma pensée,
je cherchais pour chanter une lyre et ma voix...
je frémissais de rage... Insensible, glacée,

ma parole sortait et se perdait en moi!...
Mais un rayon du ciel m'a montré l'espérance;
je brûle de chanter... Ma lèvre n'est que feu...
Mon âme est espagnole et ma lyre de France!
Et mon penser du ciel; mon penser est de Dieu!
Tel que le tien, Hugo, qui plane sur la terre...
Je me tais devant toi; rien à toi n'est pareil;
Hugo, tu peux bien dire avec ta voix légère:
j'échange mes regards contre ceux du soleil.

El amor del poeta

Mon luth sur mes genoux, soupirant mon amour,
je charmerai ta peine en attendant le jour.

LAMARTINE

Amor, devora el alma de tu esclavo,
devórala en un día;
o deja que mi pecho candoroso
en torrentes se exhale de armonía.
Ya no tiemblo, no tiemblo... el Dios que inspira
al genio creador es quien me inflama;
Él dio temple a las cuerdas de mi lira,
Él raudales de voz en mí derrama.
No es más grata la fuente en el desierto,
ni en el jardín más bella es la palmera,
que el grato sonreír de la ternura,
y el mirar de la virgen hechicera.
O virgen, me amarás, que yo te adoro,
y a un destello no más de mi mirada,
a una gota tan solo de mi lloro
sin querer te verás cual yo arrastrada.
El llanto del poeta es más que fuego,
su mirar arrebata y enardece,
y el valor de la virgen inocente
a su cantar de amor desaparece.
Si la brisa murmura, de tu boca
me parece que a mí trae un suspiro;
si las olas se estrellan en la roca,
algo me dice: allí tu imagen miro.
Cuando el hielo del Norte me cubría
el latir de mi pecho era aun más frío,
y ora que siento el sol de Mediodía
me digo: aun más me abrasa el amor mío.
Mil te amaran, o virgen, mil te amaran;
mas ¿te amará jamás cual yo un poeta?
Ellos sin ti por otra suspiraran,
más yo ¿qué necesito?... Mi paleta.
Mi paleta, teñida de colores,
para pintar el cielo...
Cantar fue mi elemento y mis amores...

Y ora otro amor me arrastra por el suelo.
¡Oh! Por ti nada más... por ti, mi amada;
sin tus ojos de cielo yo dichoso
¿Qué pidiera al Eterno?... ¡Oh! Nada, nada:
Melodioso cantar, gloria y reposo.
Sí, que me niegue luz el Dios que inspira
sino puede mi canto enternecerle;
en mil pedazos quiébrese mi lira...
O compasión o muerte.